

—Despojad à ese traidor de las insignias militares, dijo el presidente á uno de los celadores de aquel alto cuerpo; quitad de sus manos ese baston que envilece su contacto. Desde hoy cesa en el mando del ejército, y por lo tanto pierde todas las prerogativas anejas á ese cargo. El que comete el desacato de querer destruir las deliberaciones del senado por medio de viles ardidés, no merece más que el desprecio y la execracion de todos.

Inmediatamente el funcionario dependiente del senado que asistia á aquel imponente acto acercóse á Xicotencal y despues de obligarle á subir las gradas del tribunal, hizo la ceremonia de arrojarle violentamente.

Así terminó aquella solemne reunion, y Xicotencal, al verse exonerado, abandonó aquella estancia silencioso, triste, desesperado.

## CAPITULO LXXVII.

### Una resolucion heroica.



LA separacion del hijo de Xicotencal del mando del ejército tlaxcalteca, cundió por toda la ciudad.

Todos aplaudian la determinacion, y aun algunos calificaban de leve el castigo que le habian impuesto.

Hernan Cortés, que veia el prestigio que conservaba entre aquellos indios, trató de aprovecharse de las circunstancias para reiterar su peticion al senado.

—No es posible, les dijo, excusar el castigo de esa nacion que ha venido à insultarnos. Su rebeldía, la muerte alevosa que han dado á algunos de mis compatriotas, reclaman un ejemplar castigo. Además, su permanencia en la frontera es un peligro para la república, y yo no puedo, no debo consentir, ni consentiré, como aliado y como amigo, que continúen hostilizándonos. Si no atajamos en su origen el mal, podemos sufrir pérdidas terribles. Tal vez Xicotencal en estos momentos haya abandonado su patria y excite à las tribus vecinas para que vengan contra nosotros. Yo espero, yo suplico, yo exijo de vosotros que pongais á mi disposicion las tropas de la república, y en breve desaparecerán de las fronteras esos rebeldes.

El senado decretó que saliesen los tlaxcaltecas unidos con los españoles á atacar á los tepeaquezes.

Despues de haber sido exonerado Xicotencal, se dirigió à su casa.

La desesperacion se pintaba en su rostro.



Su altiva mirada tomaba á veces una expresion siniestra, y todo indicaba en él que acariciaba ideas de venganza.

Amaiza, su cariñosa esposa, comprendiendo lo que sufría su amado, le preguntó:

—¿Qué tienes, bien mio? Hace días que noto en tí una pena, un malestar que me mortifica. Desecha esas ideas que te agitan, vuelve á mis brazos, y dime cuál es la causa de tu tormento.

El indómito guerrero vaciló en contestar.

Pero al fin, deseando desahogar la pena que le devoraba:

—Amaiza, la patria está en peligro, y cuando trato de salvarla, en vez de hallar eco mis palabras en los senadores, en los representantes del poder supremo, solo alcanzo en premio de mis generosos, de mis nobles, de mis patrióticos deseos, el desprecio, la execracion, el insulto.

Los extranjeros que tantas desventuras ocasionaron á Móctezuma, se han apoderado de la voluntad de los senadores.

En vano he tratado de hacerles comprender que siendo amigos los tlaxcaltecas de los mexicanos, que aliándose se salvaria la patria, porque estos últimos no tardarian en seguir nuestro ejemplo, declarándose en república. Tlaxcala no seria entonces tributaria del imperio, la paz renaceria de nuevo, y unidos todos, aniquilaríamos á esos aventureros, que han venido á sembrar aquí la discordia, el espanto, la desolacion.

Amaiza, al notar la vehemencia con que se expresaba, al contemplar el fulgor que despedían sus miradas, no se atrevió á contestar.

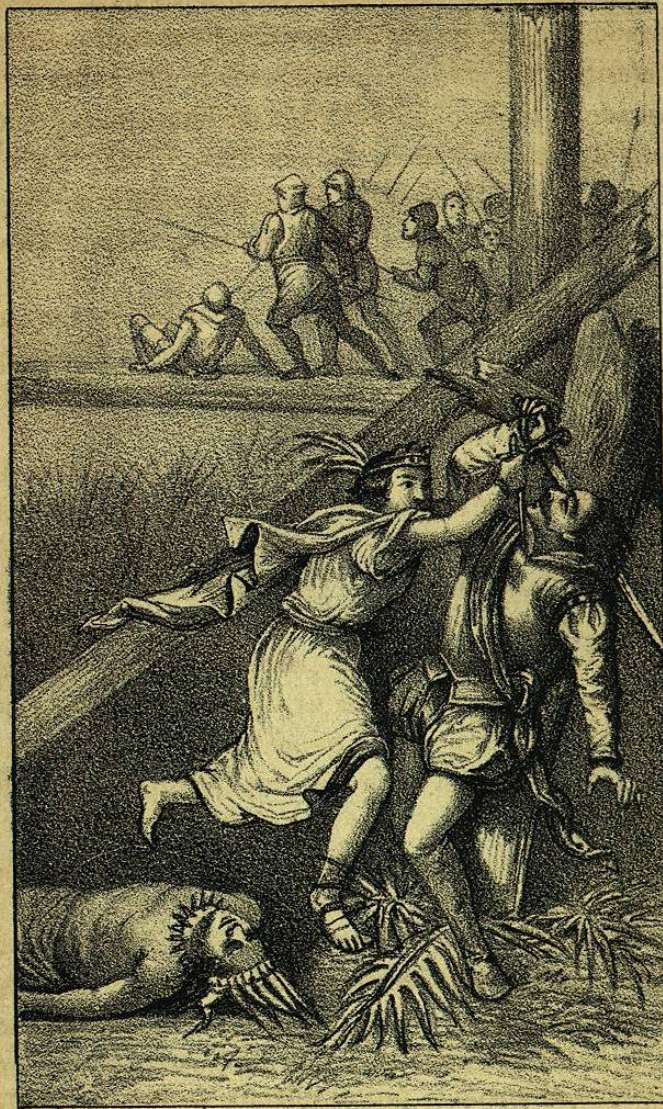
Xicotencal prosiguió:

—Queriendo convencerme de la oportunidad de mis propósitos, he ido á consultar al butio Azahel.

Antes de que le dijera el objeto de mi consulta me ha demostrado que conocia todas las desventuras que pesan sobre nosotros.

¡Su ciencia es prodigiosa!





Y lanzándose sobre él como una hiena, clavó un puñal en su pecho.

Lit. de Guerra y Valle.

Ha hecho varios experimentos en mi presencia, y ellos le han demostrado palpablemente lo acertado de mis propósitos.

Al referir al senado las investigaciones que habia hecho, me han llamado impostor, han calificado de desacato mi noble deseo, y despues de tratarme de la manera más villana, más injuriosa, han llevado su infamia hasta el punto de exonerarme en público.

Al oir estas últimas palabras, Amaiza prorumpió en abundoso llanto.

—No llores; con sangre, no con lágrimas, se borran estas manchas que empañan la honra. Juro por los dioses, que son testigos de la razon que me asiste, que he de vengarme de los que han añadido al insulto la afrenta.

Voy á levantar una faccion de hombres aguerridos, de hombres cuyo corazon se inflame al santo grito de la independenciamos, y cuando esté reunida caeremos sobre el senado, le incendiaremos, y así concluiré de una vez para siempre con los traidores de la patria.

—Maldicion, hijo infame, maldicion sobre tí, que abrigas pensamientos tan cobardes, que revelas tus entrañas de hiena, que en tu deseo de venganza no vacilas en ser parricida, exclamó, presentándose en la estancia, su padre, que habia oido toda la conversacion.

El hijo quedó anonadado ante la presencia del anciano.

Este prosiguió:

—¡Dí, miserable! ¿Acaso has olvidado la gratitud que debes á tu patria, que te habia encumbrado á una de las más altas dignidades? ¿Acaso has olvidado que deseando premiar mis servicios se te habia conferido el mando del ejercito de la república?

¡Ah! añadió el anciano, prorumpiendo en amargo llanto. ¿De qué sirve una vida llena de sacrificios, un nombre inmaculado, una existencia honrada, cuando un hijo criminal, cegado por la cólera, quiere añadir á su execrable conducta el atentado de atropellar los fueros del poder supremo, y en su obcecacion no retrocede ante la idea del parricidio!



Lágrimas de dolor surcaban sus mejillas.

Después de una breve pausa, continuó:

—¡Oh! ¡Que mis culpas deben ser grandes cuando los dioses me castigan de una manera tan cruel!

Aun recuerdo con espanto aquella noche en que inquieto por tu tardanza, temeroso de que hubieras sido pasto de las fieras, salí en tu busca.

Una horrible tempestad se desencadenó, y el trueno retumbaba en las montañas.

Yo no tenía valor para retroceder, porque mi deber de padre me impulsaba á seguir caminando hasta encontrarte.

De pronto un relámpago brilló en el firmamento, y al extender su resplandor apagó la luz de mis ojos.

La tempestad cesó, y al encontrarme tú en aquel estado, me condujiste á casa y me juraste solemnemente que no me ocasionarias el menor disgusto, que tu conducta me haría borrar los sinsabores de mi ceguera, que tu cariño me indemnizaría de tan espantosa desgracia.

Y como si le faltaran las fuerzas para sobreponerse á su infortunio, exclamó con voz suplicante:

—¡Mátame, hijo mio! ¡Mátame, y no me harás tanto daño como el que experimento en el último tercio de mi vida al tener que avergonzarme de haberte dado el sér!

—¡Perdon, padre mio, perdon! exclamó Xicotencal, postrándose de hinojos y abrazando las rodillas del autor de sus días. Vos me habeis recordado mi deber. Yo me haré digno de vuestro aprecio.

—Cumple como bueno, dijo el anciano.

Y se alejó de la estancia.

Xicotencal quedó abismado bajo el peso de sus remordimientos.

Contrarias ideas cruzaban por su imaginacion.

Su indómito carácter se revelaba al pensar que tenía que renunciar á sus propósitos de venganza.

La palabra empeñada á su padre le obligaba á desechar aquellos planes destructores.

Su angustia era terrible.

Después de una hora de lucha, de tormento, de vacilacion, adoptó una resolucion definitiva.

—Iré á ver á Hernan Cortés, se dijo; le pediré que en la expedicion que va á emprender me permita asistir como soldado. Lucharé, y si no perezco en la pelea, yo confio en que mi valor ha de conquistarme las simpatías de todos, y el senado ha de devolverme el mando del ejército.

Y así diciendo, se encaminó á la morada del caudillo de los españoles.